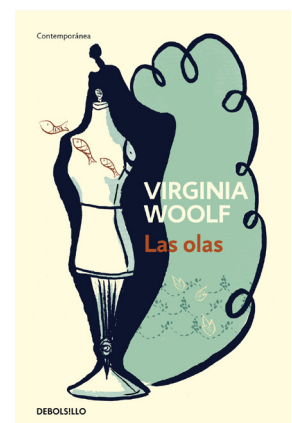


LAS OLAS
VIRGINIA WOOLF

Un ondulante pensamiento en las olas Martha Edith Rocha Orozco

Leer a Virginia Woolf es una de las experiencias más bellas y a la vez peligrosas que puede experimentar un lector. En caso de ser un lector imprudente, esto podría incurrir en sufrir un accidente, pues ahondar en aguas desconocidas causa desinterés e incluso mata las ganas de leer. Confieso haber sido esa lectora temeraria, aunque corrí con suerte, ya que mi primer contacto con *Las olas* no logró alejarme, solo me orilló a la superficie como señal de reencuentro. Fue acertado no querer adentrarme aquella vez en las palabras de Woolf. Esto ocurrió hace cinco años. Ahora puedo decir que he leído su obra con cautela, fluidez y, lo más importante, gusto.

En primera instancia la novela comienza en el amanecer desde una playa. Un alba que posiblemente algunos hayan experimentado en su vida. Se nos cuenta el nacimiento del sol y el despliegue de su luz, que aclara poco a poco para distinguir el horizonte que divide el cielo del mar. Se describen las olas, detalladas como líneas que rayan una tras otra en la superficie y cómo rompen al deslizarse en el sutil velo de agua blanca sobre la arena. Continúa la descripción, al guiar la luz del alba a la playa, a un hogar, a



Virginia Woolf, *Las olas*,
Debolsillo, México, 2011.

una ventana y finalmente a un dormitorio, lo que genera un sentimiento de extrañeza en el lector. Desemboca la atención e imaginación en un espacio estático, donde no hay presencia, ni acción y ni protagonista. Causa duda seguir leyendo. Me ocurrió a mí y tal vez te pase también a ti. Sin embargo, en ese momento de intriga, donde solo hemos contactado con un espacio pictórico, este revive con un pensamiento, sí, un pensamiento.

Aparecen no una, sino siete voces alternadas. Soliloquios que reflejan la personalidad, género, preocupación, pasión y temor de cada voz y, al estar juntas, forman una conciencia como tema central de la novela. El concepto de la trama es experimental, puesto que el interés de la autora es centrarnos en qué nos dicen los pensamientos de estos siete personajes, cuáles son sus percepciones o interrogantes, qué manifiestan sus espíritus mientras interactúan cotidianamente.

La escritora londinense busca examinar el discurso del personaje desde la mente y no desde el acto, pues a medida que nacen las voces del pensamiento, intuimos las acciones de cada individuo, pero no el ambiente que propicia la acción de las voces de Bernard, Susan, Rhoda, Jinny, Neville, Louis y Percival. El exterior revela las miradas, los encuentros y los deseos de cada uno; se confiesan de manera inaudita las fases y surgimientos de sus pensamientos. Adquieren protagonismo cada uno en la lectura. Los momentos de importancia son el aquí y no el allá de su tiempo que trascurre y se manifiesta como amalgama de colores que remiten a las etapas de vida: el nacimiento, la juventud y la muerte.

En ese sentido, el espacio estático cobra importancia en la novela como metáfora del tiempo en la vida, el paisaje será el mismo, pero varía en vista, color y hora. Al igual que la naturaleza humana, cambia con los días y los años y se transforma poéticamente. Un espacio se mantendrá estacionado, pero el movimiento de la conciencia hará la diferencia, las ideas distarán de la lógica y aparecerán constantes como el movimiento de las olas. Finalmente, al leer con cuidado, puede uno percatarse de la intención de la escritora de adentrarnos a un umbral complejo en el que la mente de cada personaje engloban lo que aparecerá en forma de cuestionamiento. Ahora me pregunto: «¿Quién soy yo?». He estado hablando de Bernardo, Neville, Jinny, Susan, Rhoda y de Louis. ¿Soy yo todos ellos?, ¿soy uno solo y diferente de todos? No lo sé, porque sin pensarlo formo parte de ese flujo de conciencia.